

Te encontré a lágrima viva en una cueva chupando dedo y no querías saber nada de este mundo, tenías tres días de estar ahí con el mismo vestido, sin comer. En la cartera venía tu identificación, llamé a tu casa en Londres y me dijeron que habías dejado todos los cuadernos tirados en el piso, la escuela sin pagar, la puerta abierta, el viento entró en tu casa, barrió tus pertenencias, dilapidó tu estancia. La muchacha que me contestó tenía la voz muy triste, me preguntó que adónde se te podía encontrar, les hacías falta. No tengo la menor idea, le dije.

Volví a la cueva y todavía llorabas y llorabas carcomiéndote el dedo, la cabeza perdida entre las piernas, pelo fluyendo al suelo como un río, y me senté a esperar que te pasara, las mujeres son presa de esas cosas. Después de algunos días me cansé de estar sentado y me acosté.

No es fácil describir la fuerza que tenías cuando por fin terminaste de llorar y de agradecimiento me lamiste las manos. Te levantaste como una

yegua pálida, me pareciste sagrada por bestial y me alegré de habernos encontrado.

Hacia ti se me desarrolló un invencible amor involuntario, raro, vegetativo. Caminábamos a la orilla del mar todos los días, y ahora que recuerdo no pronunciaste palabra, ni una vez. Llorabas a menudo pero sin estar triste, era como si tuvieras un exceso de líquido en el cuerpo y lagrimearas para eliminar; al principio me pareció muy práctico. ¿NOS VAMOS A QUEDAR AQUÍ TODA LA VIDA?, te pregunté como a las seis semanas, pero no te volví a preguntar porque fue trágico: se te desfiguró la cara en un horrible charco de desgracia, caí en la cuenta de que también llorabas de tristeza, caí contigo y lloramos en el charco.

Te descubrí unas marcas largas en la parte de atrás de los muslos y cicatrices como de quemaduras en los brazos, más de una vez levanté la mano en tu presencia y te quitaste el tiro, tonta tonta no te voy a pegar.

Evitabas todo contacto físico, pero estabas tocada, eso era obvio, enseñada e instruida por quién sabe quién más. Había una laja lisa en nuestra cueva, podía ser un espejo, ahí te miraste, pero no sabré nunca qué viste, parecía que tu imagen reflejada te era totalmente indiferente, tal vez no la veías o veías otra cosa, no lo sé.

Recuperaste la salud pero dejabas que yo hiciera la comida y barriera la cueva, mientras tú rebuscabas eternamente en un puño de piedras de colección. Tenías un gran conocimiento de minerales y, según tus papeles de identificación, tenías veintitrés años. Amabas la pirita, los ónices, los ópalos cambiantes donde veías milagros y, el día

en que te encontraste un fósil, pasaste media hora dando brincos: cómo iba yo a sacarte de ese mundo.

Tenías un gran conocimiento de todas las especies de moluscos y otras frutas de mar, pero un conocimiento científico, el que se aprende en universidades, y no de pescadores. Por la manera en que escrutabas las estrellas se veía que habías tenido telescopio. Hacia el final del mes fuimos al pueblo; el señor que vende las verduras se asustó, como si te hubiera visto algo inhumano, tuve que acariciarte y comprarte un vestido y amortiguar el ruido de las embarcaciones estréllándose contra tu nariz.

Debí de habérmelo imaginado todo cuando empezaste a esconderte entre los botes, tanteando las amarras, subiendo y bajando anclas, mirando fijamente las rutas navegables.

La mañana del último día me diste un beso profundo pero de desapego, te abracé y me mordiste para que te soltara, te solté. Tenías el robo del bote bien planeado. La paz de esos dos meses se anuló en el estruendo de la lancha de motor.

Y lo que hice fue bajar al pueblo, llamar a tu casa en Londres y decirle a la persona que atendió: «va para allá».